

In memórium Jordi Sabater Pi (2 de agosto de 1922 – 5 de agosto de 2009)

Jordi Sabater Pi murió el pasado 5 de Agosto a los 87 años, cerca de su familia, pero lejos de la mayoría de sus colegas y discípulos, perdidos en el borroso paisaje de ese agotado viaje de fin de ciclo donde supuestamente nos renovamos, las llamadas vacaciones. A muchos kilómetros de distancia algunos no pudimos despedirnos de quien, tras una trayectoria científica nada convencional, tan poco académica como vital y fructífera, nos trajo de su amada África sus conocimientos, su prestigio y su capacidad emprendedora para plantar las semillas de la etología y la primatología en Cataluña y en España y colaborar activamente, después, en su desarrollo. Desde entonces el árbol ha crecido, no sé si más o menos de lo que él y otros esperábamos. Nos corresponde a sus discípulos seguir regándolo y abonándolo para que alcance la altura y corpulencia que merece.



Como uno de sus primeros discípulos desde que, por mediación de Miguel Siguan, me presenté a él en 1974 en su despacho del Zoo de Barcelona, como cómplice en algunas de sus empresas, como amigo (desgraciadamente muy distante últimamente por culpa de obligaciones siempre ineludibles), como director de esta revista, quiero dejar en estas líneas un recuerdo formal de él y de su trabajo. De hecho, *Anuario de Psicología* ya le rindió homenaje en 1988, dedicándole un número monográfico, el 39 (2). En su prólogo, Joaquín Veá y yo mismo mencionábamos las circunstancias sociales y académicas en las que Jordi Sabater dejó su juventud en Guinea y desembarcó en solitario en las casi siempre exóticas, casi nunca hospitalarias, playas de nuestra universidad, desde donde pudo ejercer influencia en el pensamiento científico peninsular. La ejerció, desde luego, pero menos de lo que a priori se podría haber esperado dado el equipaje de contactos y relaciones, de recursos y posibilidades, de ideas y protocolos de trabajo, que trajo consigo.

Hubo y hay ciertas resistencias al discurso de la etología y la sociobiología, tanto en un extremo del abanico ideológico como en el otro. En el campo de la argumentación estas resistencias siempre me han parecido fáciles de vencer, los oponentes susceptibles de ser convencidos, si bien, por supuesto, no es éste el lugar para intentarlo.

Algunas de estas resistencias las atribuyo a ciertas manifestaciones del inevitable corporativismo, un comportamiento muy “humano” que se puede

revelar bajo muchos disfraces, todos fáciles de identificar para un psicólogo en ejercicio y, ya no digamos, para un etólogo experto en territorios y competencia por los recursos. Yo diría que las primeras promociones de etólogos y primatólogos que nacieron en nuestra universidad no siempre fueron bienvenidas en algunos centros; en fin, casi nunca fueron recibidas entusiásticamente. Y los que pudieron llegar a profesar la etología tuvieron suerte; otros no pasaron de aspirantes. Las prácticas investigadoras y docentes de nuestras facultades estaban –y están– instaladas en modelos de cientificidad no siempre compatibles con las ciencias naturales, aunque tampoco me atrevería a decir que estuvieran –que estén– firmemente ancladas en los sociales. En esta tierra de nadie que es el dominio de la psicología, y sobre un fondo cultural cuya relación con la naturaleza es muy diferente de la anglosajona o la centroeuropea, los etólogos hispanos no hemos acabado de encontrar nuestro lugar. La paradoja –y Sabater podría haber dado fe de ello– es que, en términos relativos, y a mi modo de ver, la etología ha estado mejor situada en el terreno mediático que en el académico.

Sea como sea, tras cuatro décadas de perseverancia, de éxitos y fracasos, etología y primatología han echado raíces en algunas de nuestras facultades y hasta han llegado a dar frutos: asignaturas de grado, postgrados; tesis, artículos con proyección nacional e internacional. Y, en perspectiva histórica, el papel de la figura de Sabater Pi en este enraizamiento es fundamental. Una visita a la Colección Sabater Pi en el Parque Científico de la Universidad de Barcelona, al fondo biográfico que él mismo donó, disipa cualquier duda al respecto.

Por otra parte es bien sabido que Jordi Sabater no era sólo un científico, sino también un artista, y su huella ha quedado impresa en otros ámbitos que el de la estricta investigación. ¿Por qué no decirlo mejor? Jordi Sabater Pi era un científico "de los de antes", un trabajador de campo experto, un políglota, un dibujante excepcional, un hombre interesado por multitud de cuestiones paleontológicas, antropológicas, biológicas y psicológicas. Hizo "ciencia conradiana", parafraseando un afortunado epíteto de Jacinto Antón en *El País* (7 de Agosto). Su perfil poco tenía que ver con el que en estos momentos propician y seleccionan las universidades, y bastante más con el de personajes como Gregory Bateson, Leakey, Lorenz o, incluso Goodall, al margen de talentos e idiosincrasias. Su mirada era la del naturalista con lápiz y cuaderno, y su ángulo todo lo abierto que le permitió su itinerario biográfico y curricular. No era un especialista, y por eso sus aportaciones enriquecieron disciplinas tan diversas como la etnografía, la zoología, la etología, la primatología, la ecología o el arte de los apuntes al natural.

Por eso no sólo nos duele –y mucho– que haya desaparecido Jordi, sino también lo que representaba. Con él despedimos una forma de aprender, de saber, de hacer ciencia cerca del arte, arte cerca de la ciencia, un estilo del que apenas quedan ya vestigios. Una manera de construir conocimiento paso a paso, artesanal y apasionadamente, en la que una generación - la mía - todavía fue educada.

Carles Riba